JOSÉ ENRIQUE RODÓ Y EL NUEVO ESTILO HISPANOAMERICANO

Por *F. FERRANDIZ ALBORZ*

> Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente a los inadaptables, cuando inferiores o débiles.
>
> JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Hombres de América—Montalvo.*

> En el *Montalvo* se revela (Rodó), aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio y, en consecuencia, de esa vasta porción de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo.
>
> PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Las corrientes literarias en la América Hispánica.*

EL AFÁN novedoso, manifiesto propósito de adaptación al fluir de las modas, impuso a destiempo en la crítica hispanoamericana un espíritu revisionista de escritores y escuelas. No habían cristalizado las obras en estilo y la crítica extendía certificados de exaltación o de defunción. Afortunadamente, no todo lo que se elevó a la consagración se hizo acreedor a ella, ni mucho de lo que se dio por fenecido quedó sepultado bajo la losa de los prejuicios. El tiempo tiene también su autoridad, y aunque muchas veces se convierte en sombra del mérito literario, las más se encarga de mantener o resucitar lo que merece perduración en la memoria de los hombres.

José Enrique Rodó fue una de las víctimas de la furia

revisionista. La hora de su muerte le concitó la alabanza vacua y a continuación un deseo de enterrar su ideal, ejerciendo de enterradores quienes presentaban de respetable únicamente su juventud que, como en los viejos que sólo tienen de respetable las canas, nada tienen de respetable. Ahora, transcurrido el ciclo de una generación, ante los hechos, ya sabemos a qué atenernos en cuanto al ideal que se oponía al de Rodó. Porque cada generación vale por el ideal que mantiene su vida y por la herencia que deja a quienes le suceden.

Conviene destacar en esta oposición de ideales los dos modos diferentes de enfrentarse críticamente ante la obra literaria.

Rodó fue maestro de crítica en el sentido de llegar a la integridad de una obra, valorándola según su propio contenido y en relación con el proceso cultural en que la obra se desenvolvía. Su vocación clásica, su devoción idealista, sus influencias racionalistas francesas, no le particularizaron ni debilitaron el juicio analítico para interpretar la obra literaria según su origen y el devenir que llevaba en potencia. Cuando habla de Montalvo, de Juan María Gutiérrez, de Rubén Darío, sabemos cuál es su opinión, proporcionando elementos esenciales para valorar lo que dichos escritores representaron en su tiempo, dentro de un clima general de las letras y la cultura. No le interesa tanto saber qué libros hay que leer para llegar a ellos, sino cómo llegar a ellos por el camino directo. No necesitaba disciplinas de fichero, sino la ancha ruta de la emoción y el juicio que conduce al meollo de toda obra de arte.

Hoy priva otra crítica literaria, que podríamos denominar anatómica, en compartimientos estancos. Los críticos nos presentan las obras en aspectos parciales, sin fundirlos en entidad psicológica armónica. Con esta vivisección crítica, sabemos lo que tal o cual escritor escribió sobre arte, filosofía, política, sociología, etc., pero no se nos dice de qué modo todas esas expresiones forman una sola entidad. Podemos decir que se hace crítica para artistas, filósofos, políticos, sociólogos, cada cual en su específica especialidad, sin guiar al lector en su deseo de comprender el enigma que encierra toda literatura.

En este uso y abuso crítico el dato anula al conjunto, el detalle mata la personalidad. La dinámica y la poética se sacrifican al estatismo y retoricismo. Y sobre Rodó cayeron los cuervos de la retórica, de la política, de la filosofía, de la sociología, pisotearon su anatomía espiritual, lo destrozaron para

ofrecernos muertos los aspectos múltiples de su personalidad, queriendo convencernos de que eso era Rodó. Afortunadamente, vivo queda el autor de *Ariel*, con su figura imperturbable, seria, con esa serenidad indiferente al graznar de los cuervos críticos.

La vuelta a Rodó

FUE Alfonso Reyes, en su *Calendario*, de los primeros —si no el primero— atento a la necesidad de una revisión de los apresurados revisionistas de Rodó. Según éstos, el idealismo de *Ariel* resultaba inoperante en la empresa reconstructiva de los pueblos hispanoamericanos. La realidad, la dura realidad, era utilitaria, y había que afrontarla con la técnica, la eficiencia, la ciencia. Si Rodó presentaba el binomio antinómico Ariel - Calibán, es decir: Hispanoamérica - Estados Unidos, los revisionistas aconsejaban no oponerse a Estados Unidos sino adoptar sus métodos en la lucha por la vida y la prepotencia.

¿No había y hay una posibilidad de ser eficiente, de lograr la propia técnica, de desarrollar nuestras posibilidades materiales, dentro de las características de nuestra psicología, sin necesidad de someterse a moldes extraños a nuestra personalidad? Rodó polarizaba idealismo y utilitarismo en las dos zonas, Hispanoamérica y América sajona. Lo que no hizo nunca fue oponer ciencia a idealismo. No hay dinámica técnica, social o histórica, sin idealismo. Se juega arbitrariamente con la palabra ciencia. Recordamos a este efecto lo que nos contaba el Director del Instituto de Ciencias Biológicas de Montevideo, profesor Clemente Estable, una conversación entre Unamuno y Pío Baroja, a raíz de la Guerra Europea 1914-1918. Baroja, como otros intelectuales, era partidario del triunfo prusiano porque, según él, significaba el triunfo de la ciencia sobre el idealismo decadente latino. Unamuno, mordaz y ocurrente hizo unos signos sobre un papel, se los dio a Baroja, y le dijo:

—Ya que usted es hombre de ciencia, resuélvame ese problema.

Baroja miró el papel y no supo de qué se trataba, y era simplemente un problema de ecuaciones.

No toda la ciencia se reduce a matemática, pero es precisamente a las relaciones numéricas y sus símbolos que se refieren los incapaces de reducir a ecuaciones los términos de nuestra

problemática espiritual, viviendo boquiabiertos ante los progresos mecánicos, que guardan con la ciencia una relación muy secundaria.

Rodó puso alerta a la juventud —a la juventud de su tiempo y de su clase, los estudiantes, pues no tuvo una formación social dialéctica— sobre el sentido mecanicista del progreso que prevalecía y sigue prevaleciendo en los pueblos adscritos a la cultura occidental. Pero en sus palabras alienta una preocupación tensa sobre la ciencia como norma de vida, como instrumento al servicio del hombre, como fuerza para el predominio del hombre sobre la naturaleza, como emancipación del espíritu de la parte negativa de los instintos. Sus revisionistas, empíricos al fin, no atendieron el llamado de Rodó dirigido a la juventud, indicándole el ritmo armónico y profundo existente entre la ciencia y la vida.

Rodó nos dio un contenido normativo, una conducta consecuente con nuestra realidad, y por brotar del fondo secular de nuestro ser colectivo, se opusieron a ello los que aún no se han liberado del colonialismo espiritual, del cual se consideran funcionarios siendo en verdad sirvientes. Lo que se opuso a Rodó y se le opone es el servilismo cientificista, contrario a toda norma disciplinada racionalmente, patrocinando la improvisación, contraria al método, negadora, por consiguiente, de nuestra propia luz interior, la única válida para alumbrarnos el camino de la ciencia y del arte.

Y es el principio normativo de *Ariel* lo que rechazan sus revisionistas.

¿Cuál fue el arielismo de Rodó?

DESTAQUEMOS de su mensaje, de su *Ariel*, el ideal que Rodó quería enraizar en el espíritu de la juventud hispanoamericana:

> Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu, Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

Subrayemos las palabras clave: *Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento... entusiasmo generoso... móvil alto y desinteresado en la acción...* Es decir: los primeros eslabones del pensamiento de Rodó se sintetizan en la trilogía *razón, sentimiento y acción.*

Continúa desarrollando su pensamiento y nos dice:

> ...el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Las frases *perseverante actividad* y *esfuerzo propio* acentúan el imperativo voluntarioso de Rodó para la conquista de nuestro mundo.

Volvemos la página y nos encontramos con la siguiente profesión de fe:

> Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, calmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

La prosa de Rodó adquiere en este pasaje impresiones barrocas, pero debido a la emoción que el mensaje encierra. Y es fácil que la prosa haya desvirtuado en los críticos la médula del pensamiento: *marcha al encuentro del futuro... vibrante con la impaciencia de la acción...* Y la evocación de un miraje misterioso, como las visiones de Cipango y El Dorado, que con ser visión se convirtieron en empresas de contenido real inigualables.

Fe en el porvenir y en la acción se convierten en persistencia de su ideal:

> La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo.

Rodó busca, en la atonía hispanoamericana, un camino de integraciones personales, para que las tres dimensiones espirituales del hombre no se malogren por la mutilación de alguna de sus partes. Y dice a sus discípulos:

> Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa.

Y persistiendo en este lema de la integración de valores humanos, defendiendo los valores superiores del espíritu, dice las siguientes palabras, de tanto valor hoy día como respuesta a todos los que, contra el totalitarismo, sólo saben de claudicaciones:

> Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Rodó insiste en la defensa de nuestra *vida interior*, desea el *ocio antiguo* como clima propicio para las recreaciones, recinto meditativo, sin el cual no hay realidad superior ni estímulo para el acontecer histórico. Pero no es un esteticista ajeno al deber como norma de vida. Entiende el deber inseparable de la belleza, en estos términos:

> La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía... A medida que la humanidad avanza, se concebirá más claramente la ley

moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía.

Rodó señala a sus alumnos el peligro de caer en el grosero utilitarismo de nuestro tiempo, por el que las cosas pierden su valor para adquirir significación de costo. Pero los idealistas abstractos pierden de vista también el ideal que encierran los trabajos de utilidad práctica, por el esfuerzo que requiere crearlos, sencillamente por lo que cuestan. Rodó no cae en ninguna de las dos ambigüedades. Sabe lo que quiere y lo expresa con la luz meridiana de su estilo:

> La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la Naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros.

En este sentido Rodó avanza hacia su concepto de la democracia como régimen de convivencia, muy especialmente en América. Por no haber militado en tales o cuales partidos políticos se le tildó de reaccionario. Por su preferencia clásica en la valoración de las jerarquías humanas, se dijo que era un aristócrata indiferente al drama popular de cada día. Puesto a definir jacobinismo y liberalismo, no dejó de ser clasificado de ambas cosas, según la posición política de sus contendores.

Con el testimonio de Guyau, Renán y Bourget, el autor de *Ariel* va señalando los peligros que la democracia puede presentar, según aquéllos, en el desenvolvimiento de los valores espirituales. Y dice:

> La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas, allí donde la igualdad social que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas no las sustituye con otras que tengan en la influencia moral su

único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Y afirma su convicción democrática con las siguientes palabras:

> Toda igualdad de condiciones es, en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio estable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede ser para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

En el problema concreto de la democracia en América, dice:

> Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*. Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es preciso prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar, asimilando en primer término, educando y seleccionando después. Si la aparición y el florecimiento en la sociedad de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente o de una alta dirección moral.

Y aunque la cita peca de extensa, para completar el pensamiento de Rodó conviene la siguiente transcripción de su texto:

> El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar uniformemente la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial (la que según Rodó descansa sobre el hecho de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble), toda desigualdad estará justificada porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual; es el ambiente *providencial* de la cultura.

Mientras desarrolla su pensamiento, Rodó subraya aquellas palabras que puedan dar lugar a confusión, tales como *calidad*, *número*, *providencial*, lo que obliga a deducir, que Rodó distingue lo que significa la palabra democracia y cómo ella se modifica con el aditamento de otras palabras que le añaden sentido ajeno al auténtico que la política le imprime. Para Rodó, la democracia, tanto como una función política, es a la vez una función histórica. La política es historia, naturalmente, la historia la realiza el hombre en actividad política, por eso define la democracia como relación de número y calidad, realizando la cultura en un ambiente providencial. El número por sí solo no hace democracia sino la calidad, y ésta se alcanza en ambiente de *providencia*, subrayada para borrarle todo significado que no sea histórico más allá y más acá de la teología.

La dualidad idealismo y utilitarismo las polarizó Rodó en Hispanoamérica y Estados Unidos. Pero no tanto como le reprochan los *nordomaníacos*. Él llegaba a esta conclusión optimista, testimonio de su comprensión y valoración de los hechos:

> La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección.

Cuando se medita en el mensaje de *Ariel* y a la vez sobre el desarrollo de la vida americana en el medio siglo transcurrido, podríamos sacar la conclusión de que fueron los norte-

americanos los que leyeron atentamente el mensaje. Esto parecerá una herejía al antiyanquismo folletinesco. Porque abunda la creencia de que el idealismo es un principio negador de la fuerza como elemento de lucha, cuando en realidad es la máxima fuerza, convirtiendo incluso la fuerza en ideal. La expansión norteamericana, su imperialismo, no es el resultado de una exclusiva expresión mercantil, utilitaria, negadora de la vida del espíritu. ¿Acaso Mercurio no fue también dios de la elocuencia? El imperialismo yanqui es inseparable del puritanismo de los pioneros, armonizando su vida a una finalidad dominadora por su propio esfuerzo, como lo es también de las baladas de Longfellow, de *La cabaña del tío Tom*, del humorismo de Mark Twain, de los cantos a la tierra, a la hierba y al hombre de Walt Whitman, y de los *Muckrakers* que integraron Jack London, Upton Sinclair, Dreiser y otros, que frente a los Morgan, los Rockefeller, los Carnegie creían representar el idealismo, pero que en realidad hicieron de los trusts una fuerza para la expansión norteamericana, desviándolos hacia finalidades solidarias internacionales, en la Guerra Europea 1914-1918 y en la última universal, precisamente cuando Estados Unidos estaba bajo la dirección de dos presidentes idealistas: Wilson y F. D. Roosevelt.

Ante esta actitud integradora de las fuerzas de un gran país hacia una finalidad dentro de las contradicciones políticas y económicas, los escritores hispanoamericanos se dedicaron a indignarse denigrando al imperialismo yanqui, mientras servían a los dictadores vernáculos o los combatían al ser desburocratizados. Pasaron como sobre ascuas, y en su mayoría los ignoraron, los problemas infrahumanos de los indígenas, la estrangulación de las economías nacionales por la política de los empréstitos de sumisión colonialista, siendo ellos los primeros corredores de la venta de sus patrias al capital extranjero. Guacamayos académicos, lagartos burócratas, bostezaron en congresos panamericanistas y conferencias diplomáticas, o gritaron contra el imperialismo cuando éste modificaba la política gubernamental de nuestras repúblicas, para que otros guacamayos y lagartos tomasen parte en el botín. Testimonio de estas iniquidades nos lo ofrecen, en el terreno de las letras, la actitud de los literatos al aparecer los primeros libros de una novelística que denunciaba al mundo la esclavitud que oprimía a los indios. Se espantaron y se replegaron en el recinto de su academismo, haciendo ascos a la nueva literatura hispanoamericana,

hija de una realidad que no supieron ver los servidores de las oligarquías dominantes y, por conducto de éstas, servidores del imperialismo ajeno. Como testimonio político, ahí está la Conferencia de Caracas, exponente de vasallaje a los regímenes dictatoriales. Y así como el hecho de señalar excepciones, entre los escritores de noble oficio, hace persistente la degradación general, el hecho de exceptuar a Costa Rica, Guatemala, México y Uruguay, por su independencia de criterio contra la prepotencia imperialista en Caracas, evidencia igualmente la línea general de claudicaciones en la diplomacia hispanoamericana.

Contra esta inmoralidad del pensamiento y la acción, Rodó apareció con principios que obligaban a una conducta consecuente entre el pensar y el hacer. Conducta concordante con el ideal. A eso llamaban ideas trasnochadas los que, en la falta de principios, creían hacer obra positiva de progreso. Utilitaristas, acomodaticios a todos los cambios políticos, usufructuadores de toda ventaja derivada de la adoptación de la política nacional e internacional de sus respectivas repúblicas a los intereses del imperialismo norteamericano o europeo.

El error de Rodó fue creer que Calibán y Ariel se distribuían al norte y al sur, respectivamente del paralelo 30 norte. Calibán vivía y sigue viviendo aquí, y pudría y sigue pudriendo en la misma proporción que en Estados Unidos, con la diferencia, que la parte de Ariel norteamericana enseñaba a volar con alas de águila, y el nuestro volaba como cuervo. El Ariel yanqui dio unidad y fuerza a su pueblo. El nuestro parece que quiere empezar a volar, con un retraso de cincuenta años. No fue por Rodó si se le quebraron las alas.

Significación continental del pensamiento de Rodó

El pensamiento de Rodó fue americanista. Toda su obra está escrita pensando en las repúblicas de habla hispánica como un todo histórico y cultural. La literatura era para él una expresión de comunidad hispanoamericana por encima de los mojones fronterizos de la nacionalidad. El quinto capítulo de su ensayo, *Juan María Gutiérrez y su época,* lo titula: "El americanismo literario", y en él plantea la "reivindicación de una autonomía intelectual", que es, dice: "el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello particular y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la

independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma".

Estudiando el proceso de la expresión americana, dice: "Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la Emancipación, una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían a la aparición de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres." Podríase replicar a Rodó con el español Ercilla tomando el pulso al Arauco, y al mestizo Inca Garcilaso, como destacados exponentes de un nuevo estilo que se anunciaba, pero el aserto de Rodó, en cuanto al espíritu y la forma que dieran realidades a una nueva literatura, es exacto. Explica el fenómeno sintetizando, en pocas palabras, la conjunción de la tierra y el hombre en clima de independencia y libertad, generando una nueva expresión literaria: "Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución remplazaba con la espontaneidad que condujese a cada pueblo a la expresión de su carácter propio, la imitación que a todos los identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo de suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, indiferente a toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad".

La deducción es mucho más digna de tenerse en cuenta, si observamos que Rodó teorizó muy poco, y siempre al margen, sobre las cuestiones sociales, pues han sido los problemas sociales los que han acabado por definir la nueva literatura hispanoamericana.

En párrafo anterior al transcrito, hacía igualmente una discriminación entre la poesía culta en los primeros años de la Independencia y la poesía vernácula de los payadores, que resulta actual en su interpretación valorativa: "Germinaba, en las trovas del *payador* del gaucho guitarrero y vagabundo, una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano por el romance del juglar villanesco; pero este desdén mantenía desvinculada del movimiento

literario y del espíritu del hombre de ciudad esa espontánea floración de los campos". Señalando a continuación, después de referirse a *La cautiva* como obra de reconciliación entre las dos tendencias, que, para que los nuevos tuvieran voz propia, fue necesario: "una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los halagos de una nueva sanción de su autonomía en cuanto propagaba a los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad".

Rodó había superado la crítica literaria como mera relación de cánones retóricos, formales. Siguiendo a Taine buscaba en la literatura el hilo conductor hacia un todo vital en el complejo histórico de los pueblos y la cultura. Pueblos y cultura hispanoamericanos se hicieron mensaje en su ensayo sobre *Bolívar,* así como en los capítulos VI y VII, titulados, respectivamente, "El sentimiento de la naturaleza" y "El sentimiento de la historia", del ya mencionado estudio *Juan María Gutiérrez y su época.* En ellos Rodó establece los dos condicionadores del espíritu hispanoamericano, inseparables; la naturaleza como escenario y la historia como voluntad, ambas en función de devenir. Si se separan en el instinto y el sentimiento del hombre, se desvanece la humanidad, es decir, el hacer historia, oficio del hombre, que se alcanza únicamente golpeando sobre el yunque terrígeno que le vio nacer.

La misión continental que Rodó dio a su verbo es otro de los aspectos de su actualidad. Porque no fue americanista defendiendo un programa, sino por su estilo, reflejo de su propia vida de comprensiones y proyecciones continentales.

Rodó y el nuevo estilo

Como buen mensajero de un pensamiento continental, de fuerza y acción transformadoras de nuestra realidad de cada día, Rodó tan helénico, tan apolíneo según la mayoría de sus críticos, meditó y sintió el deber de hacer de su obra literaria una interpretación de la vida hispanoamericana en relación al hombre. ¿Qué es y cómo es el hombre hispanoamericano? Aquí converge lo que Henríquez Ureña dice de Rodó: "En el *Montalvo* se revela (Rodó), aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio, y, en consecuencia, de esa vasta porción

de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo".

El ensayo de Rodó sobre Montalvo es un estudio crítico en el que los aspectos hombre, artista, medio y época se integran en síntesis americana. Describe el lugar de nacimiento de Montalvo, Ambato, y dice: "allí reunió en una sola personalidad naturaleza el don de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor a la libertad".

No sólo fue para él el gran artífice de nuestro idioma caldeado por "el amor a la libertad". Incidía Rodó en su pensamiento americanista diciendo: "Fue el escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la inspirada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa". Lo califica de Escritor (en mayúscula) entre los nuestros. Este posesivo define sencillamente cómo sentía Rodó la comunidad espiritual hispanoamericana.

Rodó considera a Montalvo como el escritor logrado, el primero en América que sintetiza las dos corrientes esenciales de la creación literaria, "la que da de sí la centella elemental y la que preside a la ejecución perfecta y madura". Estas dos corrientes las polariza Rodó, la primera en Sarmiento, "poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción semibárbara y febril". La segunda en Andrés Bello, "de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo". Y agrega:

> Es menester llegar a Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaiquista y el aliento vulcánico del forjador.

Pero no bastan el medio y el acontecer del artista para valorar su obra. Hay que llegar a la interpretación de la vida del hombre, de esa parcela de humanidad que formaba la masa

social de Ambato, en el altiplano ecuatorial andino, comprobando así el mensaje del autor de las *Catilinarias*. Rodó se introduce en ese ambiente y nos ofrece un sintético cuadro histórico que, desgraciadamente, sigue con el mismo drama patológico, social, histórico, en nuestros días. Al cabo de unos cuarenta años de la impresión rodoniana, referida a más de un siglo atrás, se viaja por aquellas latitudes y se llena de espanto el alma del hombre sensible.

Con su precisión clásica Rodó describe usos y costumbres coloniales del Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX. Claroscuro de mestizaje en uno de los paisajes más suntuosos de América. Como consecuencia del mestizaje humano se va elaborando un correspondiente mestizaje espiritual. Pero hay un fondo de humanidad que no acaba de conjugar armónicamente con el alma mestiza. El *yaraví*, con su hondo plañir es "la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre".

Pero esa "música triste y querellosa", tiene su razón de ser en la misma naturaleza del hombre que la produce". ¿Cómo es, pues, el alma del indio? Veamos cómo la describe Rodó:

> La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda a su señor natural, al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera.

¿Qué beneficios trajo al indio la Independencia?:

> No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los campos de trabajo. La Independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los

indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela del tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama concierto. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud.

Rodó evoca la herencia espiritual de las castas sobre el indio y dice:

> La Revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia... Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta ser verdugo.

Podría creerse que, si el indio vivía —sigue viviendo— evadido de una realidad social, había recibido, en compensación, el aliento de una vida mejor de ultratumba, con la que se consolaba de su desgracia. Todo lo contrario, y Rodó lo captó muy acertadamente:

> La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturia sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Habla Rodó del "mísero fundamento de democracia" que condiciona la vida hispanoamericana, y sobre ese fundamento una clase directora "inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad". Y ejemplariza su juicio con esta imagen:

> Hay en aquellas tierras unos termites o carcomas que llaman *comejenes:* en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

Esta superestructura espiritual tiene como condicionador económico el sistema de propiedad de la tierra, vigente aún. Rodó lo interpreta así:

> La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor.

Rodó complementa el cuadro de aquella realidad social y humana presentándonos la trilogía clerical, leguyesca y militar. Tres plagas cuyo imperio perdura en nuestro continente como causas de desequilibrio político, de disonancia moral y de anarquía social. Rodó las describe en el siguiente orden:

> Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.
>
> En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando donde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre,

el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra el omnímodo de la influencia clerical.

No estarán de más, en este deseo de valorar el pensamiento de Rodó, citar su comentario, en el mismo ensayo que dedica a *Montalvo,* a la personalidad del tirano ecuatoriano Gabriel García Moreno. No sólo no está demás. Resultan actuales sus comentarios, y como contestación a aquellos que desdeñaban su idealismo puro, en aras de una eficiencia positiva que ahora ya sabemos a qué se refiere. De la generación impugnadora del idealismo rodoniano ha salido otra generación cuyas miras históricas se cifran en la sumisión al totalitarismo rojo o negro. Esto es lo que oponen al realismo crítico de Rodó y a su mensaje espiritual.

La figura de García Moreno la define Rodó en los siguientes términos:

> De cuantos despotismos han pesado sobre la América Española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción a un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos.[1]

El espíritu inquisidor del tirano se desbordaba en aberrante fanatismo, no obstante el cultivo de su inteligencia:

---

[1] Para el conocimiento de la tipología psicopatológica del dictador ecuatoriano, resulta buena fuente el libro del profesor cubano Dr. Roberto Agramonte, titulado *Biografía del Dictador García Moreno,* continuador, en esa misma disciplina, del argentino Ramos Mejía en sus estudios sobre la neurosis de hombres célebres, y del venezolano Dr. Carbonell, en su libro *Psicopatología de Bolívar.*

> Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene cómo exaltar el barro humano a las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despeñarlo a los más hórridos abismos del odio y la locura; aquella idea que convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea, le hincó la garra de la conciencia. Como el monarca del Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La Iglesia Romana patrocinando la tiranía, lo demuestra la historia y Rodó lo denuncia:

> El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí mismo: es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir a aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente a la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República, como cismática abominación.

Censura eclesiástica para todo escrito y todo libro que ingresa al país, y la sombra de San Ignacio ensombreciendo los destinos del Estado:

> Detrás del Presidente hay como un senado veneciano, que es la Compañía de Jesús... Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, e infesta las ciudades con la plaga de la ociosidad parasitaria, mientras, en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de *taita* y de caudillo... El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corva las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean, y la muchedumbre les sigue, disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios.

Con esta honradez intelectual, claridad y fuerza expresaba Rodó su pensamiento enjuiciando instituciones y hombres. Ahora priva otro modo, el que estigmatiza un despotismo para ensalzar a otro. La lucha ya no se parcializa entre la libertad y la tiranía, sino entre modalidades tiránicas, unas en nombre de Dios, otras en nombre del Estado, y entre ambas corrientes de teoría y práctica de la historia, otra corriente que se entretiene jugando al anti sin tomar posiciones en la lucha por la libertad y la dignidad del hombre.

Nuevo hombre, nueva sensibilidad, nuevo estilo

Se ha dicho que el pensamiento de Rodó no era útil para hacer de Hispanoamérica una realidad de pueblos eficientes en la pugna de los intereses y de la cultura. Se le reprochó diera únicamente idealismo mientras la vida imponía ideas prácticas, que condujeran a los pueblos hacia la conquista de realidades prácticas. No se daban cuenta estos críticos, ni se la dan ahora, que lo que importa en cada momento histórico es luchar con las armas que se tiene. Mientras Rodó luchaba con las armas de su idea, sus críticos se dedicaban a la busca de ideas ajenas, renegando de las propias. Y buscándolas siguen, como si desearan no encontrarlas para justificar su inacción.

¿Cuál era el panorama de la América Española cuando Rodó lanzó su mensaje? Veámoslo. Cuba anulada su independencia por la enmienda Platt; el continente de habla española partido en dos por la posesión norteamericana del istmo de Panamá; México convertido en feudo de las oligarquías porfiristas; Guatemala, bajo el amodorramiento clerical, preparando el lecho a la dictadura Estrada Cabrera; Venezuela estrangulada bajo el machete de Juan Bisonte Gómez; Ecuador con el fermento clerical que llevó a Eloy Alfaro al más brutal de los sacrificios; Perú en los escarceos que encumbraron al dictador Leguía. Las únicas repúblicas que parecían salvarse de este infierno político eran Argentina, Chile y Uruguay, por muy especiales circunstancias, pero que a la postre parece ser de las tres, Uruguay la única con cierto equilibrio institucional, no obstante haber sufrido la experiencia dictatorial de Terra.

Contra esta realidad de miseria histórica, Rodó levantó su verbo con un ideal que se dirigía a preservar nuestra personalidad de influencias deformadoras, pero inculcando la acción

constructiva, dando normas de convivencia, de democracia, de respeto al hombre, y de superación de éste por el propio esfuerzo. Este mandato de esfuerzo propio es fácil fuera causa de la enemistad que suscitó su mensaje, en un medio continental donde la clase a que pertenecía, y de la que salían los estudiantes a los cuales se dirigía, no sabían sino vivir como parásitos del Estado, y éste a la vez parásito del pueblo y de los empréstitos. El llamamiento de Rodó a una vida de consecuencia ideal y normas éticas no podía ser grato a quienes, caricatura de Nietzsche, medraban al margen del bien y a expensas del mal ajeno. Por eso la certeza de las palabras de Alfonso Reyes: "Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la metafísica de la conducta".

Bravura se necesitaba para lanzar mensajes de idealismo en un continente político postrado por la servidumbre envilecedora y la incivil demagogia. Y es ahora cuando comprendemos la aurora del hombre nuevo, con nueva sensibilidad y un nuevo estilo. Un estilo en el que se aglutinen nueva realidad del paisaje, descendiendo hasta el hombre que yacía —yace— esclavo desde la aurora de su historia cósmica, enrostrando al mundo cristiano su crimen de lesa humanidad. Pero a la vez saturándose de todas las sangres y todos los verbos que nos llegan a través del Atlántico en aspiración de espíritu múltiple.

Los filisteos sonríen a esta posibilidad que el devenir parece reservar a América. Por una parte, cuando oyen hablar de la emancipación de las razas aborígenes americanas, comentan: Sí, ya conocemos la indignación de Fray Bartolomé de las Casas y las denuncias de los sabios Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa. Uniéndose al cinismo de éstos, los del privilegio económico contemporáneo, dicen: Sí; conocemos también lo que narra Jorge Icaza en *Huasipungo*. Y cuando oyen hablar del común destino de los pueblos americanos, como ello implica el desmoronamiento de privilegios enraizados al patrioterismo oligárquico, aprietan codos en torno a los dictadores, pues sólo en ellos se apoya la mezquindad fronteriza de república a república, aniquilador del ideal americanista como un todo indivisible de nuestros pueblos. Ideal que alentaba en nuestros libertadores y único válido para defendernos de todos los imperialismos y totalitarismos.

Rodó se halla inscrito en esa corriente unificadora de la vida política hispanoamericana, dentro de la diversidad de nuestro mundo espiritual. Se ha hecho pantalla de su helenismo,

de su europeísmo, para no enfrentarse con el problema que planteaba en sus ensayos sobre nuestra realidad. Pero sus ensayos están ahí, no sólo en su *Ariel* sino en toda su obra. Y en ella se expresa inconfundible el principio normativo de un nuevo hombre, con una sensibilidad distinta a la de los otros pueblos, diseminados en otros continentes, por la complejidad de su herencia, que se expresa con un nuevo estilo, del que un Sarmiento, por ejemplo, sería el impulso, y de Rodó la forma, pero que se halla inserto en éste como mensaje.